

Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica, 5(2), julio-diciembre 2024, pp. 141-162.
ISSN: 2730-4833 (papel), 2730-4957 (en línea). DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/5.2.9.

EL YO - LOS OTROS Y EL MUNDO ACTUAL DESDE UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA

CONVERSACIÓN CON NATÁN SONIS

Alicia Rut Levin

Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados
Buenos Aires, Argentina

Correo electrónico: alicialevin52@gmail.com

ORCID: 0009-0004-9540-0804

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

LEVIN, A. R. (2024). El yo - los otros y el mundo actual desde una perspectiva psicoanalítica. Conversación con Natán Sonis. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 5(2), 141-162. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/5.2.9.

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Natan Sonis es Licenciado en Psicología, graduado en la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1979, y Psicólogo Social, egresado de la «Primera Escuela Privada de Psicología Social Fundada por el Dr. Enrique Pichon Rivière», donde ejerció como coordinador y docente de 1983 a 2019. Completó su formación en psicoanálisis en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), filial de la International Psychoanalytical Association (IPA), y también en la AEAPG (Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados), en la que fue miembro titular y ocupó cargos en la comisión directiva hasta 2023.

Sonis es además egresado del «Curso para Educadores sobre El Holocausto» de la Universidad Hebrea de Jerusalén y el Instituto Yad Vashem (Israel, 1984 y 2005) y actualmente se desempeña como docente en cursos sobre genocidios y temas afines. Desde el año 2000, es profesor titular en la AEAPG, institución en convenio con la Universidad Nacional de La Matanza.

En su trayectoria, ha sido psicólogo consultor y director del equipo de psicólogos en la Fundación Alianza Cultural Hebrea, donde también fue asesor en problemáticas de la emigración y capacitador en técnicas de coordinación de grupos juveniles (2000-2019).

A nivel internacional, Sonis fue docente en el Seminario de Actualización en Psicología Social y Articulaciones Psicoanalíticas en la Facultad de Pedagogía, Instituto Superior Pedagógico «Enrique José Varona» en La Habana, Cuba (1994). También coordinó talleres de capacitación para coordinadores de grupos de Psicología Social en la Institución TAIGO, México (1989), y dirigió Grupos de Intercambio Cultural organizados por la Fundación Cultural Hebrea en Jerusalén, Israel (1979-1988).

Es autor de varias publicaciones en revistas y libros sobre la Shoá, psicología social y psicoanálisis.

INTRODUCCIÓN

Estoy encantada con la propuesta que me han hecho desde *Equinoccio*, una revista tan valiosa y necesaria para el psicoanálisis contemporáneo, que sigo y comparto. Agradezco esta invitación a todo el Consejo Editorial de la revista y especialmente a Laura De Souza, su directora actual. Los felicito por el tema elegido, ya que trabajar el yo, el otro y el mundo, en nuestra época y en nuestros malestares, es algo necesario e imprescindible.

No podría pensar en el tema de esta convocatoria sin contemplar y tener presente que somos hijos de una época. Es decir, la construcción de la subjetividad es siempre con el otro. En este sentido, comparto a continuación un fragmento del texto *La construcción del sujeto ético*, de Silvia Bleichmar.* En él, dice:

El hecho de que los seres humanos sean crías destinadas a humanizarse en la cultura marca un punto insoslayable de su constitución: la presencia del semejante es inherente a su organización misma. En el otro se alimentan no solo nuestras bocas, sino nuestras mentes; de él recibimos, junto con la leche, el odio y el amor, nuestras preferencias morales y nuestras valoraciones ideológicas. El otro está inscripto en nosotros, y esto es inevitable. (s.p.)

A partir de ese fragmento di inicio al diálogo con el licenciado Natán Sonis, en el cual conversamos sobre la banalización de la crueldad y sus efectos en la subjetividad y la cultura actual.

Abajo, a modo de firma alineada a la derecha:

Alicia Rut Levin

* BLEICHMAR, S. (2011). *La construcción del sujeto ético*. Paidós

LA CONVERSACIÓN

ALICIA RUT LEVIN: Para abordar la temática del yo, el otro y el mundo, en nuestra época y en nuestros malestares —que es algo necesario e imprescindible—, se me pidió que convocara a un compañero del ciclo «Malestar en la cultura», de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados. Y tuve la suerte de que el licenciado Natán Sonis, compañero y amigo, aceptara la propuesta. Para este número de la revista, la convocatoria es a pensar cómo es la construcción de la subjetividad o la representación de la subjetividad en estos tiempos. Y, a partir de esto, me permito pensar: los psicoanalistas, en las teorías y en las prácticas que tenemos, ¿cómo estamos pensando los vínculos? Esta construcción —como ya nos enseñó Silvia Bleichmar— viene procesándose hace años, desde antes de los noventa, con un fuerte desvalimiento de aquello que tiene que ver con el vínculo con el otro.

Me pregunto si el odio y la crueldad, tan vigentes en estos tiempos, están haciendo lazo con una fuerza que quizás no es tan duradera. Tampoco es una novedad, ya que el odio está en la condición humana. Pero, en cambio, la crueldad consiste en cierta organización del odio, es decir, en el desresponsabilizarnos del sufrimiento del otro, de la sociedad y de los vínculos. Quizás es de lo que más me preocupa como psicoanalista, como ciudadana, como integrante de una institución y como aquella que está pensando en cuál es el legado que vamos a dejar para el futuro.

Digo entonces: ¿cómo es la ética en estos tiempos?, ¿cómo es esto de que el yo ideal va ocupando el lugar de los proyectos y los ideales del yo?, ¿cómo es que pensamos en un yo soberano, al estilo de Roudinesco, donde quiero, puedo y tengo, donde de alguna manera el sujeto es un consumidor y, como consumidor, es utilizado como objeto y desmiente ese lugar de objeto que consumo? El mandato neoliberal, de alguna manera, y epocal ya no es el superyó que prohíbe; es un superyó que goza de todo lo que pueda y, sobre todo, lo hace de manera inmediata. De ahí que nuestro dispositivo tenga

el privilegio de hacer pausa, como se hace en *Equinoccio*, como estamos ahora haciendo acá Natán y yo, como muchos hacemos en un montón de situaciones; porque la pausa permite pensar, y pensar es responsabilizarse de los actos.

De alguna manera, está ganando el individualismo y nosotros tenemos mucho para hacer. Con esto quiero decir que *nos toca hacer*: hacer nuevas teorías, generar nuevas prácticas, retomar los colectivos sociales. ¿Por qué? Porque, a pesar del nombre del presidente que tenemos ahora aquí en Argentina, que es Milei, estamos viviendo en un mundo *sin ley*. Terminada la pandemia, no solo no logramos nada, sino que a los treinta días estallaba la guerra de Rusia con Ucrania, y después muchas más. En definitiva, si hoy pensáramos lo que en el 2018 con Natán llamamos *malestar cultural*, quizás tendríamos que hablar de *malestares culturales*, porque tenemos infancias problemáticas y desvalidas, funciones parentales que van cayendo, la ausencia de autoridad. ¿Cómo llamarías vos, Natán, a este devenir epocal? ¿Qué dirías de esto?

NATÁN: Bueno, primero te agradezco muchísimo la invitación para esta actividad en una revista de estas características y de pensamiento psicoanalítico, es toda una responsabilidad.

Vos me preguntas qué diría de esto epocal... Me quedé pensando en lo que dijiste sobre los malestares en plural, cosa que es verdad. Y, también, jugando con las palabras me hiciste pensar en: ¿qué tal hablar también de una *cultura del malestar*?, en donde ya no se habla de un bienestar, sino simplemente de una cuestión de razonamientos económicos; si hablamos de nuestras zonas, de nuestro país, está más inspirado en las cuentas y en los cálculos que en las personas. Por lo tanto, hay algo del sujeto que queda afuera en la forma de ser representado. Cuando me dijiste el título de nuestra charla por primera vez, pensé que es un acierto poder juntar el tema de la alteridad, la subjetividad y lo epocal: son nudos que están de alguna forma en una íntima conexión, no se puede pensar una cosa sin la otra. Y pensar el sujeto es pensar en estos malestares.

ALICIA: Estoy de acuerdo. A ver, agrego un poquito... Como vimos en otros tiempos, pero de una manera más colonizadora y fanática, el individualismo se ha naturalizado y entonces surge la competitividad sin límite, la competencia entre las infancias (por ejemplo, cuando parece que en una escuela le van a hacer una entrevista a un niño para que ingrese y en realidad le están haciendo un test diagnóstico para que no entre por si tiene alguna necesidad), donde las presiones para triunfar lo antes posible y a cualquier precio son cada vez mayores (podemos recordar el juego del calamar, que lejos de ser un juego nos enseñó tanto). Precios y factores que deterioran los vínculos sociales y estimulan las intolerancias y hasta la eliminación de lo que es percibido como diferente. ¿Qué pasa en la sociedad, tan competitiva y consumista de una manera exacerbada? Parecía que las conductas sociales se abren paso a las patadas y los codazos entre el escepticismo, que amortigua ficticiamente el fracaso, y la ferocidad, que asegura la supervivencia. En este escenario la crueldad humana adquiere un protagonismo digno de análisis, como en la condición humana que trabaja Malraux. Justamente, algo sobre lo que trabajamos el año pasado, en el equipo en el que estamos juntos desde 2018 con Natán, fue en torno a los cuarenta años de la democracia. En el ciclo nos fue bárbaro, pero no nos fue muy bien a la hora de las elecciones porque no estamos en este momento viviendo en democracia, sino en un fanatismo autoritario. Es muy interesante el tema que se propone abordar en este número de la revista: el yo y el otro, y el mundo, porque se ha transformado y naturalizado que puedas decir o hacer lo que quieras sin inhibición.

Quería preguntarte, Natán, tu postura sobre esto de esta falta de inhibición, porque hay familias y sociedades que favorecen la creatividad de la sublimación, igual que los gobiernos, y hay sociedades, gobiernos y familias que favorecen la descarga automática y el desvalimiento. ¿Cómo lo pensás vos en relación con lo que has trabajado sobre los puentes y los diques?

NATÁN: Coincido exactamente con lo que traés sobre este fanatismo del yo. Se instala una narrativa del individualismo que es una mitificación de la realidad. Porque nosotros sabemos que no hay yo sin el otro, no hay posibilidad. En ese mito del individualismo, que a veces se trata de instalar en los medios de comunicación y los discursos políticos, surge una narrativa que no condice con las heridas, sino con una especie de gran fantasía donde no necesito del otro. Y no hay un yo sin un otro, como decía Lasch: la era del narcisismo es la era en la que el sujeto se cree que va a surgir solo, y esto es el mito de Tarzán en su momento. Criado por animales, Tarzán sale hombre, sale ser humano, sale bilingüe, sale social, y ese es un mito, no es verdad. Los chicos criados en la selva, que ha habido muchos y algunos han sido bastante estudiados, sabemos que nunca terminaron de convertirse en personas, que quedaron como un proyecto. Nos convertimos en personas con otras personas. Y, de alguna forma, lo que está en crisis en esta subjetivación es, entonces, el concepto de lo vincular.

Me hiciste pensar en esto del fanatismo del yo, que lleva a un mito del individualismo, un mito en donde uno se subjetiva solo..., pero ¿cómo puede ser esto? Cuando uno no se puede subjetivar solo, ni siquiera el narcisismo viene solo. Nosotros hablamos mucho del narcisismo, pero, a veces —como decís vos, Alicia—, se habla poco de narcisización, que es que el narcisismo no surge solo, es un narcisismo porque alguien lo ha narcisizado. Ahí ya tenés un vínculo, pero parece que se invisibiliza, ¿no?

ALICIA: Sí, es muy interesante esto. Con esto que decís me quedo pensando en algo relacionado con lo que trabajamos juntos y en algo de mi clínica. Porque veo los efectos de la falta de ley y de esa narcisización en las crianzas. Entonces, no hay límites, incluso hay escuelas de pediatría y de crianzas que dicen que los niños, niñas o niños chupen en vez de masticar o que no hay que sacarlos del colecho por no sé cuánto tiempo. Como si el cuidado fuera una falla de la transmisión de las parentalidades. Como decía Winnicott, cuidar es curar. Entonces, en los vínculos parentales que estoy

trabajando a partir de consultas, veo las dificultades para *hijar*, es decir, para deconstruir ese yo soberano de los padres que es transmitido al niño sin límites (por ejemplo, pantallas desde el inicio). Los padres consultan a partir de dificultades en el dormir o por trastornos alimenticios, actuales como siempre, pero un poco más. Para las adolescencias —como dice un colega nuestro— hoy es una opción el intento de suicidio. Para mi generación —que no está tan lejos de la de Natán—, que tenemos cuarenta años de formación psicoanalítica, el suicido era, como decía Winnicott, un pensamiento en soledad que tenía el adolescente porque estaba transicionando de una infancia a algo desconocido, o bien era por una cantidad de angustia insoportable o impensable. Hoy un joven viene al consultorio y dice: «Mis padres no me escuchan, pelean, no les alcanza lo que trabajan, hacen *home office*, y yo no tengo intimidad —palabra que quisiera volver a recuperar—, así que ¿qué sentido tiene mi vida?». Y aparece el intento de suicidio o el suicido como una opción.

Tenemos el ejemplo de las ludopatías: acá en Argentina tiene mucho peso la selección nacional de fútbol y también hay unos cuantos equipos locales; todos tienen en su camiseta un número y ese número se usa para las apuestas. Las apuestas son ilegales para menores de dieciocho y todos los menores de dieciocho que juegan a esos juegos utilizan la tarjeta de los padres. Después, como decía Federico Pavlovsky, tienen algún intento de suicidio o se suicidan porque no saben qué hacer con lo que hicieron. Me pregunto, entonces, ¿estamos en esta época en el reino de la pulsión de muerte? Quizá tenemos que volver a revisar aquel legado freudiano que tenía que ver con lo no integrado. Porque en verdad hoy la pulsión de muerte se apropia de la subjetividad y está enunciada por la época, por los gobiernos, por las guerras, y así resultan estas infancias y adolescencias o funciones parentales e institucionales. Son las escuelas las que llaman a los padres y les dicen que en el recreo están apostando. Entonces, primero: no es un recreo, segundo: no es una apuesta, es una adicción. Y la adicción quiere decir

sindicación, es la fuerza de la pulsión de muerte. ¿Cómo lo pensás, Natán?, ¿qué te parece?

NATÁN: Pienso en el predominio de algo que Freud describe en *Tótem y tabú* de una manera magistral: el predominio del pensamiento mágico. El pensamiento mágico se lleva mal con la realidad. La trata de sustituir con algún tipo de magia, mistificarla. Cuando la realidad aparece, aparece sin posibilidad de ser metabolizada, y muchas veces ahí aparece la acción destructiva del suicidio como forma de expresar la imposibilidad de aceptar la realidad.

Entonces, algo que vos decías en el inicio, seguimos en una especie de gran yo ideal en donde el pensamiento mágico predomina. La superstición, el tema de la ludopatía, están asociados mentalmente, hay tan pocas posibilidades de asumir frustraciones que son devastadoras, porque frustración que entra, deja devastado al yo que no está preparado, un yo frustrado, pero no por eso fuerte.

Vuelvo a las fallas en la narcisización, si ha sido narcisizado en alguna forma con fallas, va a haber un yo que de alguna manera queda con un obstáculo a la hora de hacer lazos, de hacer ligaduras. No nos olvidemos del mito de Narciso: no puede hacer lazos, se queda mirando su imagen, hasta que se muere. Por eso me parece bárbaro cómo vos lo relacionás con el tema del suicidio, porque ese narcisismo trabaja para la muerte, no trabaja para la posibilidad del encuentro con el otro. Ahí está la diferencia que hace Byung-Chul Han, filósofo coreano que vive en Alemania, que me parece bastante interesante. Él hace una crítica a los psicoanalistas, interesante para ser pensada, sobre que los psicoanalistas dicen que el narcisismo es amor a sí mismo. Estamos frente a un filósofo, no un psicoanalista, eso tengámoslo en cuenta. Él va a decir que usamos mal la palabra *amor*, porque lo que hay hacia el sí mismo no puede ser amor, eso es narcisismo y no podemos pensar que el narcisismo es simplemente amor hacia uno mismo. Porque lo que pasa en esa relación con uno mismo es una cuestión necrofílica en tanto puede terminar en la muerte, trabaja para la muerte, trabaja para la destrucción; en el

mito se lo ve, trabaja en su mirada fascinada de la imagen en el agua, no puede escuchar la voz de nadie ni comer ni salir, y por lo tanto ahí desfallece. Entonces, este filósofo propone: no le llamemos *amor a sí mismo*, llamémosle *narcisismo* y guardemos la palabra *amor* para las relaciones objetales.

Si alguien que no es psicoanalista dice: «Che, cuando hablamos de amor, hablemos de vínculo y del otro, no hablemos del sí mismo. Para eso hablemos de narcisismo», ahí tenemos que hablar del concepto de los diques también, me parece.

ALICIA: Sí, justamente, Byung-Chul Han —a quien tanto venimos siguiendo, como bien decís— sostiene que esa narcisización, lejos de tener que ver con el amor, tiene que ver con la autodestrucción, tan actual, en un contexto en el que casi no se habla de la guerra, casi no se habla de los migrantes o del Mediterráneo. El otro día tomaron un barco de médicos de fronteras que había rescatado a ciento ochenta personas que estaban en el agua e Italia le prohibió que entrara con los rescatados. Entonces, yo digo: Freud nos advirtió, pero nosotros tenemos que pensar y escribir sobre esto que dice Byung-Chul Han, que es la tendencia a la exclusión de lo diferente. Uno de sus últimos libros trabaja el porqué de la exclusión de la diversidad, de lo diferente. Para nada acuerdo con que la pandemia nos haya mostrado o enseñado; yo creo que destrozó algunos lazos que había, pero este consumo y esta tendencia a objetalar al otro e invisibilizarlo son preexistentes a la pandemia. Como dije antes, después quedó una guerra. Pero pasado este tiempo, tenemos que luchar, trabajar, batallar, y en nuestra disciplina siempre hay un desafío.

Freud nació discutiendo con el pensamiento kantiano de la racionalidad y creó la concepción del inconsciente. Más que bienvenido. A nosotros nos toca seguir, seguir con esta invisibilización del otro. Entonces, nuestras prácticas cambiaron, porque, hablando de narcisización, tenemos consultas mucho más cerca del yo ideal, del narcisismo y del sinsentido o —como lo que va a llamar

Recalcatei— del vacío. Ese sentimiento de vacío: ¿qué hago?, ¿cómo estoy?, ¿con qué me enfrento?, ¿qué tengo?, ¿quién soy?, diría Winnicott. Entonces, a nosotros nos toca trabajar con una presentación del sufrimiento que tiene otro maquillaje, otra figura.

En este sentido, podríamos nombrar como el tercer tiempo del trauma —no el primero y el segundo, que nombra Freud— al lazo social. Esto que hicieron las Madres de Plaza de Mayo, las Abuelas, de poder hacer lazos con aquello, no es que va a evitar el sufrimiento, pero va a poder hacer un acto creativo, fundacional, ni masoquismo ni regodeo con el sufrimiento. Y mucho menos, el aumento del sadismo. Por lo tanto, yo llamaría también como tercer tiempo del trauma a este colectivo que armamos de «El malestar de la cultura», este ciclo que con vos integramos, Natán.

Lo iniciamos en 2018 de manera presencial (después vino la pandemia) y nuestra primera invitada fue Yolanda Gampel, a quien vos, Natán, conocés tanto como yo. Ella trajo todo su trabajo sobre las infancias árabes e israelíes, con israelíes y árabes que estaban presentes y a quienes les habían asesinado a sus hijos. Ella hacía intervenciones para que, en lugar del odio, social y cultural, surgieran y se elaboraran lazos que cambiaran las formas institucionales. (Bueno, no está saliendo muy bien igual lo de Gaza, no está resultando en una posibilidad elaborativa.)

No hay un psicoanálisis sagrado, hay un psicoanálisis en acto, hay un psicoanálisis que cada analista tiene en su cabeza, un equipo psicoanalítico; no es que tenemos que pertenecer a cuantas sesiones hacemos o a no sé qué lugar. Tanto la gente de AUDEPP como la gente de la AEAPG está fundada en la libertad de pensamiento y en el pluralismo. Nosotros tenemos que insistir en hacer esto y al respecto te pregunto, Natán: ¿cómo pensás el efecto de los colectivos sociales?, tanto la participación de psicoanalistas como de la gente del arte, la gente a la que nos gusta, nos interesa y nos es verdaderamente creativo poder hacer arte. No todo el mundo tiene que ser un artista, basta con que tenga suficiente creatividad y se deje sorprender —diría yo como psicoanalista—, que se deje

sorprender por algo en inmanencia, por algo nuevo; ahí ya está creando un acto novedoso. ¿Cómo lo pensás vos, Natán?

NATÁN: De alguna manera, vos que trabajás tanto el pensamiento de Winnicott, lo tenés bastante incorporado en todo esto que decís. Porque el arte, la cultura, el significar, la creación, como dice Winnicott, no es más que una actividad heredera del objeto transicional, por eso no lo necesita más. Cuando Winnicott dice que el objeto transicional se termina no es porque no se reprime, sino porque simplemente caduca en su necesidad, porque su función pasó a la cultura, al concepto de la cultura humana, al concepto de la creatividad que vos recién mencionabas. En este pasaje, algo ha sucedido y se ha trabado en un buen pasaje, el objeto transicional no ha sido de alguna forma instalado previamente, de una manera que permita ser una ligadura. Entonces, cuando a Winnicott le preguntaban si el besar sus propios labios el bebe estaría en presencia del objeto transicional, él decía: que no, que el objeto es algo exterior al sí mismo, que trasciende ese ensimismamiento narcisista. Algo por fuera, un esbozo de algo que está ajeno del mismo. ¿Y qué pasa cuando caduca ese objeto transicional tal cual lo describe? Su función se traspasa al mundo de la cultura, los vínculos, el mundo de la cultura, el arte etc. Pero si no hubo una ligadura tan particular que él menciona como objeto transicional, con esa semi ajenidad, ¿a qué otros escenarios se podrá desplazar? o por lo contrario, las nuevas ligaduras quedarán afectadas.

De alguna forma, estamos hablando de la crisis de la ligadura. Cuando vos mencionabas el tema del pasaje, la cultura, el significar, el dar significados, yo pensaba cómo Freud hablaba de que para poder hacer cultura había que hacer ligaduras. Porque sin ligaduras, sin el otro, el sujeto se queda en una especie de egoísmo sobre sí mismo. A ver si puedo desarrollar un poco más la idea...

Freud menciona los diques en Tres ensayos de *Cinco conferencias*, vuelve a hablar de los diques en *Moisés*, va a hablar de los tres diques que conocemos: el dique del asco, el dique de la vergüenza y el dique de la moral. Ahí termina, pero, sin embargo, cuando leemos *Psicología*

de las masas, ahí nos encontramos con que Freud va a decir que el amor le pone dique al narcisismo. Entonces uno dice: «¡Un cuarto dique!, si siempre venían de a tres...». Y ahora resulta que Freud va a decir que es en virtud del amor que hay un efecto de cultura. O sea que directamente lo que está diciendo es que el sujeto no va a encontrar más que en el amor un límite hacia el egoísmo, y esto tiene que ver con la función materna. Uno podría pensar que la función materna tiene mucho que ver con poder postergarse. El narcisismo no puede postergarse, el narcisista no puede postergarse, el ludópata no puede postergarse. La opción del suicidio que nombrabas antes es la evidencia de la imposibilidad de postergación. No cabe en la mente de uno, como padre o madre, que ante el llanto del bebé y digas: «Bueno, espérra que voy a atenderlo cuando termine la novela o cuando termine de comer», porque uno posterga su hambre, su necesidad de hacer cosas, para poder cuidar al bebé. En esa capacidad de postergación, de lo que estamos hablando es del amor. El amor, entonces, aparece en toda su dimensión en la frase freudiana: «El egoísmo no encuentra más límite que en el amor a otros». Y esto es a lo que Han se aferra cuando habla de amor: habla de amor a otros, no a sí mismo. El sí mismo es el narcisismo, es esto que Lasch —un gran sociólogo— aludía como una sociedad narcisista, la cultura del narcisismo, el mito de Tarzán que antes mencionaba, que lo único que genera es un individuo competitivo que lleva una guerra de todos contra todos. La felicidad es un punto muerto ahí, directamente. Porque queda en una especie de hedonismo, pero trabaja, como vos decías muy bien, para la pulsión de muerte.

ALICIA: Interesante. Hoy no resulta insensato asumir que las lógicas sociales de desigualdad, incertidumbre o inmediatez generan cotidianamente malestares que nos atraviesan dentro y fuera del consultorio. O sea, el lugar, muchas veces, acompleja dialécticas donde conviven y se condicionan aspectos como, por ejemplo, el deseo, la ética o la realidad social.

Acá sería interesante diferenciar la necesidad, el deseo y la autoconservación. Porque me parece que algo de lo que sucede en

nuestras prácticas y también en los estudiantes que vienen a formarse como psicoanalistas —tanto en el instituto de AUDEPP como en el de la AEAPG— es la necesidad de inmediatez. O sea, la mayoría de las personas piden un cursado intensivo. Primero, porque tienen que trabajar muchísimas horas, muchas veces no como analistas, sino como maestros integradores, terapeutas ocupacionales o acompañantes terapéuticos. Y, segundo, porque tienen la ilusión —creo yo— de que hay como una especie de compacto, como un combo donde está todo junto y que eso se podría aprovechar.

La verdad es que nuestra disciplina necesita la elaboración. Esto que decías, Natán: el amor es un proceso que va elaborando, no es el enamoramiento. En este sentido, en la convocatoria que realiza el Consejo Editorial de *Equinoccio* sobre el yo y el otro, justamente la palabra *vínculo* me hace mucho sentido, ya que está tan actualizada y tan necesitada de abordaje, para pensarlo como la tercera zona a potenciar. Porque si algo tiene el objeto transicional no es la cualidad de objeto, sino la funcionalidad de transitar de una presencia a una ausencia. Hoy vivimos en una época en la que, si no estás en la foto, en las redes, como en la película *Black Mirror*, si no tenés no sé cuántos *me gusta*, entonces no existís. Por ende, la transicionalidad, ubicada dentro del lazo amoroso, es la que va a permitir ese tercer espacio de la experiencia cultural.

¿Por qué digo *experiencia cultural* y no *cultura*? Porque Winnicott define la cultura como la transmisión de tradiciones, mitos y creencias. Pero tiene otro interlocutor para discutir y en ese momento está interesado en lo que también nosotros estamos interesados hoy: la posición activa del sujeto, que el sujeto pueda jugar, que esté haciendo la experiencia de estar jugando. Los juegos de redes no son juegos, es una falacia la palabra *juego* en este sentido.

En esta misma línea, transicionar tiene que ver con transitar, y esta categoría que decía del objeto es la función de poder pasar de un estado de necesidad a uno de discriminación, de «yo estoy aquí». A nosotros nos están dando mucho trabajo nuestras prácticas, por toda la dificultad de los pacientes de poder subjetivarse,

sean infantes, adolescentes o adultos. Un paciente, que trabaja para una corporación, trae a consulta que los domingos tiene un sentimiento de culpa infinito porque no abre los mails. Ya no era la corporación el superyó tanático que mandaba, era el de él. Y en esto es útil nuestra intervención: para poder mostrarle que ha internalizado una identificación con lo que tiene que ver con la cultura del trabajo, y que tiene que ver con un aspecto sacrificial. El amor y el lazo no tienen que ver con el sacrificio, pero justamente el mandato del capitalismo consiste en desobjetivar, deshumanizar aquello que necesitamos humanizar. En este sentido, el vínculo sería como la mejor palabra, la más cercana, al tercer espacio potencial. Ahí hay aparición de la construcción de la subjetividad. ¿Cómo lo ves, Natán?

NATÁN: Diste muchos conceptos, líneas muy interesantes y muy ricas. Por un lado, hablabas de los alumnos que buscan la inmediatez, el título. Es un problema porque nosotros somos cultores de los procesos y los procesos no van bien con lo automático, con lo inmediato.

Nosotros somos cultores de la lentitud. La lectura, el estudio, la elaboración, son tributarias de la lentitud y no de la velocidad. La velocidad lleva, como bien decías vos, al enamoramiento. La lentitud es la construcción del amor. Porque el amor no se encuentra, se construye. De alguna forma, es necesario poder transitar sin ansiedad este proceso. Pero vivimos en una época muy antiproseso, en donde las cosas son el «llame ya», «consiga ya», «título ya», «proceso ya». Estas cosas son contradictorias, quedan en una especie de gran idea mágica de que se consigue todo ya con un llamado. Nosotros queremos, por un lado, que el sánduche de McDonalds, que tarda cincuenta segundos, nos alimente y tenga el sabor como un guiso, que tarda en cocinarse cuatro horas. Y no hay las dos cosas juntas. Para ciertos sabores se necesitan procesos, se necesita tiempo. Ahí nosotros somos todavía cultores de la lentitud.

En una de sus novelas, Milan Kundera dice que hay un pacto secreto entre la velocidad y el olvido. A mayor velocidad, menos posibilidades

de fijar conocimientos, de fijar la atención, de hacer algo que vos nombrabas, elaborativo. Imaginemos nosotros una persona que está en un tren, que va a cien kilómetros por hora. Mirará el paisaje, lo rápido que pasan los árboles. Ahora, si el tren pasa a mil kilómetros por hora, se terminó el paisaje, no hay lo que ver. No podrá fijar la atención porque no hay más detalles, todo es movimiento y, así, se vuelve también una adicción, palabra que vos traías hace un rato, Alicia.

La velocidad y el movimiento. La gente que necesita hablar moviéndose, moviendo el cuerpo o las manos, o haciendo el *rocking* en la silla, porque tiene que continuar con todo ese movimiento, ya que la lentitud no está preparada, no está disponible para eso. Para eso hay que hacer un esfuerzo, y como vos bien decías, hay que diferenciar el sacrificio del esfuerzo.

El sacrificio es lo que pedían los dioses incas, los dioses piden sangre, el superyó pide sangre, se trabaja para el Tánatos. En tanto que el esfuerzo es otra cosa: el esfuerzo de transitar, el esfuerzo de un proceso, el esfuerzo de la lectura, el esfuerzo de no ir a la última página. Tenía una paciente que compraba novelas e iba directo a las últimas páginas para saber cómo terminaba, porque no tenía paciencia para leer todo el libro. O sea que el concepto del elogio de la lentitud y de la paciencia es parte del arte de los psicoanalistas. Todo eso se lleva mal con las demandas narcisistas. El narcisista no quiere esperar, quiere todo ya. El lazo se construye, no hay forma de tener un lazo automáticamente.

Me hiciste pensar en Serge Leclair, un autor que no se nombra mucho últimamente, pero que en los setenta era bastante conocido; en Francia tenía hasta un programa de radio de psicoanálisis y publicó un libro llamado *Matar al niño*. Me pregunto: ¿qué niño hay que matar? Dice que hay que matar al niño narcisista que anida en el interior del sujeto. Suerte que Leclair nunca conoció la cultura actual, que no mata al niño narcisista, sino que lo alimenta, vuelve rebosante de salud a ese niño narcisista que después encontrás en los actos muchas veces destructivos, suicidas, adictivos, presos del pensamiento mágico y que no tienen ninguna posibilidad de esfuerzo, sino que van directo, si hay frustración, al sacrificio.

ALICIA: Sí, es muy interesante lo que decís. Me hiciste pensar en la colonización y el desembarco de las tecnologías. Porque justamente tienen este guiño perverso: que no tenés que esperar nada, ya que mientras estoy ahora conversando, Netflix me va a mandar al teléfono qué películas me conviene ver, después el teléfono me va a decir dónde me conviene veranear y después voy a encontrar otra lista de dónde está la liquidación de carteras de la que le estuve hablando a una amiga. En realidad, más que tener un yo deseante, estoy obligada a mirar eso. Tenemos mucho para batallar en ese sentido.

Estamos viviendo en una sociedad con un nivel de pulsión de muerte y perversidad altísimo. Como pocas veces hemos visto. Pero el psicoanálisis resiste en tanto promueve y cuida ese lazo, el vínculo con el otro.

En este punto, querría comentar lo que vengo investigando junto con un equipo de colegas sobre los videojuegos. Los videojuegos no son juegos, son plataformas que invitan a participar de algo. Cuando a mí me tocó hacer una entrevista en pandemia, un chico de quince años me dijo: «En realidad, para mí no es importante el videojuego, lo que es importante es que yo me junto con mis amigos porque no puedo ir al colegio, entonces es una excusa, empezamos a hablar de las espadas de la Edad Media, de los caballeros, y después terminamos charlando del partido de fútbol. Para mí, es una excusa». Creo que quedó calificado como el más saludable de los adolescentes que me tocó entrevistar. ¿Por qué? Porque tras esa época aparece el juego de la ballena, el quien aguanta cuánto Benadryl, el juego de la apnea, que no son juegos: es la pulsión de muerte al desnudo.

Existe el metaverso, una plataforma virtual donde cada persona tiene un avatar; es uno de los juegos que menos se conocen. Me tocó hacerle una entrevista a alguien que usaba esta plataforma y se vino con un casco. O sea, yo no veía al que tenía adelante, y esa era su intención: no ser él, que el yo no estuviera ahí; estaba el avatar, que sería otra nominación. Pero ¿a qué se dedican los

avatares? Pueden entrar a un espectáculo, a un recital, de manera virtual, por ejemplo. Pero el 80% de los avatares se dedica a crueldades: hostigar a la gente, utilizar un vocabulario absolutamente escatológico. No cumple con ninguna función de integración y mucho menos lúdica, sino que está al servicio de una descarga de angustia automática (en el mejor de los casos).

Quería traer este tema desde el psicoanálisis, porque está mal llamado *juego virtual*. Y tampoco son *redes* en sí mismas, depende de cómo los usen los usuarios de la virtualidad. Puede ser un acto lúdico o un acto que esté al servicio del consumo, de objetualizar y de no hacer lazos, o sea, alejado de reconocer al otro. Esto es desesperante.

En el mundo se han visto filmaciones de cosas que no deberían estar filmadas. Entonces, se da una pérdida de lo íntimo, categoría que en nuestro trabajo es tan importante, todo lo que tiene que ver con el lazo con el otro y escucharlo. Pero escuchar lo que el otro te está diciendo, no lo que vos le querés imponer o lo que a vos te pareció o lo que tu supervisor te dijo que correspondía.

Estas plataformas están al servicio de armar, desde muy chiquitos, consumidores. Una paciente me contó que al nene para el cumpleaños le regaló jueguitos. Y lo dijo como si fueran, no sé, alfajores o como si se tratara de lo que en otra época era la pelota de fútbol. Es necesario que esto esté visibilizado, que esté dicho, que tenga nombre, porque es una práctica que está al servicio de lo disruptivo e intrusivo de la subjetividad. ¿Cómo lo ves, Natán?

NATÁN: Sin dudas que es como le decimos muchas veces: un chupete electrónico. El chupete para que no moleste. Se le compra un jueguito para que juegue. Pero esto parece chiste, el café sin cafeína es el juego sin jugar y son las redes sin lazos. De alguna manera hay una contradicción, porque no crea ese tema de vínculo con el otro. Y, al estar tan atentada la capacidad vincular, lo que va a suceder como un producto directo de esto es la dificultad de generar el sentimiento de compasión.

Yo creo que la compasión —como nos enseñaba Kancyper— tiene que ver con compartir la pasión del otro, no es lástima, sino que es poder compartir lo que le pasa al otro, y eso es asimismo la empatía. De alguna manera, ¿cómo surge la moral? Surge cuando algo que le pasa en el cuerpo al otro lo puedo sentir como doloroso en mi cuerpo, y, por lo tanto, inhibo una descarga. Pero esto es el inicio del tercer dique, el de la moral; estamos hablando de la capacidad empática. ¿Cuál es la capacidad empática que se genera en este tipo de mundo virtual? Es bastante pobre. Por lo tanto, el goce de la crueldad y del sufrimiento va a dar lugar a la sustitución de esta empatía.

Cuando un secretario de gobierno dice: «No me va a temblar el pulso al firmar los despidos de las trescientas personas de tal ministerio», uno se pone a pensar, ¿por qué no le va a temblar el pulso?, ¿no teme? Si su meta política es anular ese ministerio, bueno, esa es su idea; pero le podría temblar el pulso, en decir, podría igualmente sufrir al tomar esa medida porque siente empatía por las personas que se quedan sin trabajo como resultado de su decisión. Pero no hay empatía, hay crueldad; hay disfrute, hay goce de este tipo de descarga, que son todos productos de lo que vos mencionabas, Alicia, sobre ese universo de lo virtual en donde te venden el juego que no es juego. Donde te venden una red que no hace lazos. Por lo tanto, el sujeto atrapado en ese narcisismo queda en el goce de un placer inmediato y un pensamiento mágico que le impiden la lentitud, los procesos, el concepto de amor o la empatía. No nos olvidemos de que la empatía es la base del dique de la moral que va a proponer Freud, y la moral es el dique que se le opone a las fuerzas destructivas del sujeto que son primarias. Así como la vergüenza se opone a las concepciones exhibicionistas en el narcisismo, también hoy podemos pensar que ha cambiado el tema de la vergüenza. Antes, una persona que robaba o a quien descubrían con alguna estafa sentía tanta vergüenza que muchas veces se suicidaba; en esta época, esa persona escribe un libro y se hace una película y pasa a ser un *popstar*. Entonces, cambió el dique de la vergüenza en relación con lo que vos describías, Alicia, como el universo de ese narcisismo y de esa ausencia de la posibilidad de un juego que crea lazos.

ALICIA: Sí, también se lo puede nombrar como *perversión epocal*, ¿no es cierto? Ese guiño de que no me va a temblar el pulso, ese guiño que además se transmite... ¡Cuántos jóvenes que no han podido recibir la transmisión de la historia de sus orígenes tienen una concepción racista! En Europa y en Sudamérica: el neofascismo y el nazismo; hemos visto al presidente de Ucrania, los movimientos en Italia, en nuestro mismo país, ¿no? Entonces, pensaba que como psicoanalistas es importante advertir esa perversidad, que estemos atentos para que, cuando aparezca sutilmente en nuestras prácticas, en nuestros colegas que están en posición de alumnos, en nuestra vida familiar, podamos hacer algún tipo de intervención y no naturalizarla ni banalizarla.

Hay un artículo en el que Winnicott refirió a esto de la preocupación por el otro. Resulta ser que él no quiso decir *preocupación*, porque para los ingleses —como decía Rozenfeld— el valor está en ocuparse, no en preocuparse. Lo que quería decir Winnicott es esto mismo que vos traés, Natán, que es el concepto de *concern*. A mí me *concierna* esto de la compasión y la empatía, a mí lo tuyo me *concierna*. No es que yo tengo que confesarle la contratransferencia al paciente, pero sí que cuando estoy ahí, estoy ahí. Yo no atiendo el teléfono cuando está el paciente, no me distraigo de ese lugar. Y no es una ceremonia, es un encuadre; Winnicott lo llamaba *marco*. Es una posición del analista de estar disponible. Este tipo de preocupación por el otro, esto de que nos *concierna* lo del otro, está en decreciendo. Del mismo modo en que, como me decía una vecina, si venía en el ascensor un enfermero, ella no se subía porque podía tener covid, ahora hacemos la vista ciega del dolor y del sufrimiento ajenos. Y esto, para los psicoanalistas, es un elemento importantísimo sobre el que seguir escribiendo y pensando.

NATÁN: Sí, ese sufrimiento que vos decís, la percepción del sufrimiento del otro, es la base que va a decir Freud que tiene el nacimiento de la moral, que es la percepción de que el cuerpo del otro es una continuidad sensible de mi cuerpo. El que hablaba mucho de

esto últimamente es el gran filósofo italiano Franco Berardi. Él habla y estudió acerca del tema del budismo. Dice que los budistas llaman *gran compasión* a la conciencia del hecho de que tu placer es mi placer, tu sufrimiento es mi sufrimiento. Esto es lo que nosotros conocemos como la empatía. De alguna manera, dice él, si esto se pierde, la humanidad está terminada. Porque lo que va a ganar espacio al perderse esto es la guerra y la violencia, y lo que desaparecería sería la compasión, la piedad. Esto es lo que nosotros, de alguna forma, frenamos con la empatía, que es la comprensión casi erótica del otro. Berardi hablaba de que ese es el peor desastre que la humanidad pueda conocer, porque donde caduca el lazo con un otro caduca el otro también. No solamente se termina el concepto de lazo, sino que quien caduca es el otro. De acá pasamos a esa escena que vos relatás, Alicia, de ese chiquito que está jugando videojuegos y que en realidad no, no está *jugando*. Y, en este mismo sentido, también podríamos preguntarnos si hay un encuentro con el otro en escenarios semejantes, como cuando entrás en un negocio y te dicen: «¿Qué tal? Buen día, ¿qué desea llevar?». Allí quien atiende el negocio no está *hablando con el otro*, está hablando con un *cliente*. El cliente no es el otro, el otro es una dimensión diferente. Estamos ante la fachada de un otro, y detrás de esa fachada ni hay juego ni hay otro.

ALICIA: Es una muy buena reflexión para dejar planteada al cierre de esta conversación. Para culminar, quiero destacar que este intercambio con Natán trajo, como diría Winnicott, la realidad como posibilidad de hacer tope. Tiene que haber un tope, es necesario el tope. La tal llamada *moderna clínica del vacío* en realidad no es moderna. Siempre existieron situaciones de incertidumbre y desesperanza. El psicoanálisis puede escuchar y encontrar algo en el relato, en la actividad o en aquello —gestual o paragestual— que va viendo en sus prácticas, en un hospital, en una escuela, en un consultorio, en una institución... Y frente a aquello que parece *nadificado*, que no tiene sentido, poder pegarle la vuelta y poder hacer algo.

Y a propósito de toda esta conversación, solo resta agradecerles, porque sin el otro no hay subjetividad. Es complejo el vínculo con el otro, sin dudas, pero sin ese otro no hay nada, solo el vacío. Así que gracias y hasta pronto.

NATÁN: ¡Gracias por la invitación y el intercambio!